

MARÍA FASCE

LAS VIDAS DE ELENA



Fasce, María
Las vidas de Elena / María Fasce. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2023.
168 p. ; 22,5 x 14 cm.

ISBN 978-987-628-725-8

1. Novelas. I. Título.
CDD A863

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición en Argentina: agosto de 2023

© María Fasce, 2023
© de la presente edición Edhasa, 2023

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2° piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-725-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Oportunidades S.A.

Impreso en Argentina

Esta edición de 1.500 ejemplares de *Las vidas de Elena*, de María Fasce, se terminó de imprimir en Oportunidades S.A., en julio de 2023.

A Delly y a Jimmy

Dios es el movimiento del universo.

Irene

*Primero hay que saber sufrir,
después amar, después partir,
y al fin andar sin pensamiento.*

“Naranja en flor”, Homero Espósito y Virgilio Espósito

I

1

Las maletas giraban junto a palos de golf, mochilas, una guitarra, una bicicleta. La cinta se detuvo con un golpe seco y más bultos empezaron a caer por el extremo contrario. Frente a mí estaba la mujer que había visto en Barajas facturando una maleta naranja igual a la mía. Alta, delgada, con el pelo rojo y esa piel transparente de las francesas, pero no era francesa, la azafata le había hablado en español. Al darse vuelta me había mirado con ojos atónitos.

Busqué los carteles que indicaban el baño. El carrito de la limpieza bloqueaba la entrada y me metí en el de inválidos, había un gran espejo en el que no me miré. Cuando salí, la mujer se llevaba mi maleta, alcancé a distinguir la etiqueta azul que colgaba de la manija. En la cinta giraba la suya y me acerqué a recogerla. “Lina Fernández, Fuente del Berro 13, 2.º C, Madrid”, decía su etiqueta. Caminé hacia la salida. Las puertas se abrieron y atravesé un grupo de gente. Un hombre sostenía un cartel: “Elena Díaz”. Era mi nombre.

2

El departamento en el Spui, sobre la librería Atheneum, estaba pintado de blanco. Había lirios rosados en un jarrón, alfombras de rafia, taburetes de corcho, muebles de madera clara y fotos en blanco y negro en las paredes —un gato negro contra un cielo gris, una sombra avanzando por una escalera como en un cuadro de De Chirico—, y sobre la mesa, una pila de hojas que Fleur, la directora de Artists in Residence, había dejado junto a un vaso con lápices. Agarré un lápiz rojo y tracé una línea transversal en la primera hoja.

Unas semanas atrás había llegado a casa un sobre con un sello violeta. Me habían elegido para la beca gracias a mis ilustraciones de la edición española del *Diario de Ana Frank*. “Tenés que aceptar”, dijo Rosa, “te hará bien cambiar de ciudad”. Dos mil euros y dos semanas en Ámsterdam para iniciar un proyecto de la fundación, la edición ilustrada del clásico holandés *Una virgen imprudente* de Ida Simons. En el mismo sobre venía la traducción inglesa del libro. Rosa empezó a leer la contraportada y se detuvo porque contaba la historia de una niña.

Miré los lápices con sus puntas filosas apuntando hacia el techo. Mis propios lápices y acuarelas estaban en la maleta que se había llevado la mujer de pelo rojo. ¿Qué importancia tenía? Me había salido de la vida como ese equipaje que caía empujado por otro y ya no podía volver a la cinta. Me asomé a la ventana. Hombres y mujeres vestidos de verano bebían en la terraza del bar o caminaban por la calle, un pie detrás de otro. También habían quedado en mi maleta los zapatos de tango dorados que había echado a último momento sobre las pinturas y los lápices. Cuando iban hacia los campos de exterminio las mujeres llevaban hermosos zapatos como amuletos. La gran pila de delica-

dos botines y guillerminas de colores detrás de una vitrina me había impresionado más que las montañas de pelo. Había ido a Auschwitz años atrás por aquella edición del *Diario de Ana Frank*. Podía dibujar la casa y la pequeña habitación de Ana buscando fotos en internet, pero para dibujar su alma tenía que ir allí. No sé si la entendí. Entendí a su madre. Me reconocí en las fotos de esas mujeres que apretaban la mano de sus hijos junto al tren y dejaban en sus caras sonrisas falsas por si ellos las miraban.

La maleta contenía faldas, pantalones y camisetas de colores neutros que contrastaban con el vestido de seda estampada que la mujer llevaba en el aeropuerto, y un nécessaire que vacié sobre la cama. El valor de todas las prendas equivaldría a uno solo de esos productos que en otra época yo misma me probé en los stands de las grandes tiendas. Destapé el frasco de Opium Nuit Blanche. Un perfume a noche profunda y espesa como las mías después de las pastillas.

Tenía cuatro mensajes nuevos. Rosa había cambiado su foto de perfil por una de la época en que estudiábamos juntas: las cejas tupidas y el pelo con ondas. Samir no tenía foto. No le contesté. “Todo bien”, escribí a Rosa. A eso se limitaban mis mensajes. Si me llamaba, tardaba en responder. “Elena, Elena”, insistía ella, y entonces mi voz hablaba: “Estoy bien”.

Mi cara en el espejo del baño era la de las mujeres de Auschwitz: los ojos volados y la boca torcida en una mueca. Me desnudé y abrí el grifo de la ducha. “Un grito de ahogo y se acabó”: así definía el comandante Rudolf Höss la muerte en las cámaras de gas. Pero el agua no mataba. En Madrid llevaba días sin bañarme hasta que Rosa me arrastró a la bañera y me pasó la esponja enjabonada por la espalda. Una tarde se confundió de grifo y descubrí que la violencia del agua caliente era lo único que me hacía olvidar un instante el dolor.

Me tomé uno de los antidepresivos que Rosa había guardado en mi bolso por si me perdían la maleta. Mi amiga siempre había tenido talento para pensar lo peor, y siempre acertaba. Y sin embargo no había podido predecir lo peor de todo. ¿Cuánto tiempo hacía de eso? ¿Dos meses, dos siglos? Las pastillas ya debían de haber empezado a actuar. “El efecto es acumulativo”, me había explicado Rosa, “en un mes lo notarás”. No notaba el cambio, a menos que se pudiera estar peor aún, como pensaba cuando usaba cremas antiarrugas. Cuántos

ritos y cosas sin sentido: cremas, corpiños. Los de la maleta me quedaban grandes.

Cerré la puerta del departamento y bajé las escaleras.

Estaba descalza en medio de la calle. En la esquina, como un golpe, pasó un auto amarillo.